IDEAS PARA UNA RENOVACIÓN DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL [1]

Adjuvet Cristus per Mariam

Supuesta *la decadencia actual del pensamiento español* y sin detenernos a señalar su origen y desarrollo histórico, nos interesa, desde luego, descubrir sus causas, no las históricas y externas, sino las internas y permanentes. Por falta de pensamiento propio, vive España, desde hace un par de siglos, como de prestado, en el orden intelectual y en todos los otros órdenes; pues las ideas son el principio y la fuente de toda vida racional, así individual como colectiva, e imprimen carácter a todo el resto de las actividades humanas. No se levantará nuestra Patria mientras no renueve y vigorice su pensamiento. Las causas, pues, de esta decadencia son: 1.ª *Dispersión de las ideas.* 2.ª *Dispersión de los estudiosos.* 3.ª *Anquilosamiento de la ciencia oficial.* 4.ª *Penuria de la ciencia privada.* Digamos sobre cada una algunas palabras.

Dispersión de las ideas.

La ciencia es una, debe ser una, como es una la verdad, como es una la realidad del mundo universo. La multiplicación de las ciencias obedece a necesidades de método y de trabajo, dada nuestra natural limitación e incapacidad para abarcarlo todo. Se impone dividir, pero no aislar; estudiar por partes, pero sin perder de vista el todo.

---

(1) El retraso en la salida de este número extraordinario—retraso que fácilmente se explicará el lector—nos permite insertar estas cuartillas, resumen de la brillantísima conferencia que en la Biblioteca de Menéndez Pelayo dió, el 28 de agosto de 1939, el Ilmo. Sr. Obispo de Tenerife, Fray Albino González Menéndez Reigada, O. P.

A su Ilma. debemos no sólo el regalo de haber dejado oir su elocuente palabra en el hogar espiritual del sabio polígrafo español, sino el de haber redactado pocos días después, a instancia nuestra, este resumen de su discurso que hoy publicamos.

Nos complacemos en testimoniarle por ello nuestra gratitud, llena de respeto y afecto, con las presentes líneas.

N. de la R.

Pero las ciencias no se unen sino por arriba, desde la altura. No basta yustaponer; es preciso jerarquizar. Nuestro saber es más o menos amplio y comprensivo según su grado de abstracción. Cuanto más altas las ideas, son más simples y abarcan más. Dios tiene sólo una idea, que lo abarca todo. Por eso las ciencias experimentales se unen en las abstractas, en otras más abstractas; como estas a su vez en la filosofía. Y esta misma se eleva y dignifica y afianza, cuando deja entrar por sus claraboyas abiertas hacia lo infinito la luz impalpable y misteriosa de la Sagrada Teología. La decadencia de nuestro pensamiento comenzó cuando dejó de cultivarse entre nosotros la filosofía, o cuando ésta, declarándose autónoma y positiva, abajó sus vuelos a ras de tierra, hasta negarse a sí misma, convirtiéndose en pura crítica negativa (característica de todos los períodos de decadencia), o confundiéndose con las ciencias experimentales, a las que debiera servir de faro, orientador o resplandor etéreo, que desde la altura las guiase. Huyó así del pensamiento español la filosofía (y la teología), dejando infecundo y estéril, como no podía por menos de suceder, nuestro pensamiento para toda otra investigación, aun para aquellas investigaciones inferiores y positivas, a las que exclusivamente parecía querer consagrarse. Y así se llegó a tenernos y hasta llegamos a tènernos nosotros mismos por incapaces para la filosofía y casi casi para toda ciencia, a la que tan pocas aportaciones en la época moderna hemos hecho; no porque la filosofía nos estorbase, sino porque la falta de filosofía nos incapacitaba.

Y así cayó España, porque los pueblos caen cuando dejan de pensar, cuando dejan de crear (el que crea es siempre el pensamiento); pues son siempre las ideas las que van delante marcando sus caminos a la historia. España fué grande cuando tuvo pensamiento propio, cuando tuvo algo que decir y que imponer al mundo, cuando pudo ser tenida con razón por un pueblo de filósofos y teólogos. Y eso es imperio al fin, la verdadera noción de imperio en sentido cristiano y español; pues como enseñan los escolásticos, imperar es acto, mucho más que de la voluntad, del entendimiento. Y España volverá a imperar tan sólo cuando tenga algo que decir al mundo, que de ella tanto espera en estos trágicos momentos en que vivimos.

Dispersión de los estudiosos.

No sólo se dispersaron por dentro las ideas, al suprimir el lazo vital que las unía—la filosofía, la metafísica—, sino que se dispersó también a los que al cultivo de las ideas se dedicaban. La ciencia quedó dividida en dos: la oficial y la privada. Para la primera o para sus representantes, todos los privilegios, todos los favores; para la segunda un desconocimiento total, craso y voluntario, y un encogerse de hombros con frialdad hostil, por milagros que hiciese en... la Patria o en el extranjero. Porque era y sigue siendo aún del extranjero de donde tenía forzosamente que venir la consagración de todo representante de la ciencia privada, que aspirase a ser en su patria reconocido. Y aun así...—No hablemos de filósofos y teólogos, no, sino de científicos.— ¿Quién no recuerda a Peral, a Torres Quevedo, a la Cierva y Codorníu?..

Capacidades las hemos tenido siempre; pero se necesita algo más: la ayuda, el ambiente, el prestigio, la cooperación, en formas infinitas, que es la que lleva únicamente a los grandes triunfos; la que hace que el pensamiento individual se funda y se confunda con el de toda la nación y adquiera resonancias imperiales.

Y la dispersión llega a tanto, que hasta los que viven codo con codo y se estorban al explicar su lección, a poco que su voz se levante, viven científicamente separados, aislados. Díganlo sino los profesores de una universidad cualquiera: piensan por separado, trabajan por separado, enseñan (?) por separado, en departamentos autónomos y estancos y sin preocuparse cada uno de si lo que él enseña o investiga es negado y contradicho por el que en la clase inmediata enseña o estudia. La universidad moderna española no es una unidad, no es un organismo: es una mera yustaposición de señores que hablan ante sus alumnos, sin saberse apenas donde trabajan ni como trabajan, y sin cuidarse en todo caso de lo que trabajan, investigan o enseñan sus propios compañeros. No era así como concebían a la Universidad en la Edad Media, jerárquica y unitaria.

Bien sabemos que en la universidad actual hay excepciones; pero también aquí nos parece que la excepción confirma la regla.

Urge, pues, unir por dentro a los estudiosos, a los de la enseñanza oficial y a los otros. Urge que se entiendan y trabajen juntos, para economizar energías, para mutuamente ayudarse, a fin de re-

correr más rápida y seguramente el camino. Sin esta colaboración leal y sincera, extendida hasta los estudiantes, a quienes no hay que dar la ciencia *hecha* solamente, sino también el método y la forma, con el ejemplo, de seguir haciéndola y los medios necesarios para poderla hacer, ni podremos llegar nunca a tener un pensamiento nacional, ni hacer en el camino de la ciencia ningún notable progreso.

Anquilosamiento de la ciencia oficial.

Hablar de ciencia oficial podrá sorprender a los que de palabras se fían. Vivimos aún o acabamos de vivir precisamente en una época en que lo oficial es la libertad, la libertad de pensamiento y de cátedra; es decir: la negación de toda ciencia oficial concreta. Pero es también por ahí por donde viene el mal; porque esa libertad lleva a un individualismo anárquico, desconcertado, que se mueve en un perpetuo comenzar y que no pasa jamás de los comienzos ni llega nunca a dar frutos maduros. El horror al sistema y a la escuela convierte en sistema la anarquía; imposibilita la continuidad del esfuerzo y deja a medio hacer, convertidas en ruínas y en escombros obras espléndidas que habían comenzado a surgir prometiendo mucho y llenas de esperanzas.

Por eso viven así todos los centros oficiales (salvo rarísima excepción), a los que apenas puede señalarse un solo rasgo de personalidad científica, ni llegaa a constituir escuela ni hacer obra que valga y que dure. Personalidades sueltas sí, las tienen; pero el centro en cuanto tal, ni tiene vida, ni abre surco en la vida de la nación. Y si algo de esto ha habido en estos últimos tiempos, ha sido en forma negativa y antipatriótica y disolvente, aplicando a veces medios buenos con criterios malos y para fines peores. Ejemplo, la *Institución libre de enseñanza,* donde había contacto de codos y se creaban prestigios y se daba aire a las ideas, infiltrándolas en el sistema arterial de la nación, que es la enseñanza oficial en todos sus grados, y se trazaban rumbos y se fraguaban leyes y... se deshacía a España en nombre de una ciencia mentida y trasnochada y extranjerizante.

Toda la ciencia oficial está así, desde la escuela primaria hasta la Universidad; desde la granja agrícola experimental pueblerina hasta las reales academias, sin vida, sin eficacia, sin que se noten apenas ni en la teoría ni en la práctica sus resultados, ni se advier-

tan los provechos y ventajas de su existencia. De las Universidades se dice, que son oficinas para expedir títulos profesionales; escuelas, pues, profesionales a lo sumo. De las granjas agrícolas, jefaturas de montes, etc., los pueblos preguntan muchas veces con razón para qué sirven.

Penuria de la ciencia privada.

Salvo raras excepciones, la ciencia privada está representada por la Iglesia: Seminarios, Órdenes y Congregaciones religiosas... También estas instituciones languidecen; y tampoco son lo que en el orden científico debieran ser y en otros tiempos fueron.

¿Por qué?.. Hoy el saber es caro, la ciencia es cara. Se escribe y se publica mucho y cuestan mucho esos libros que se publican. Para fundar y sostener al día una buena biblioteca se necesita un capital.

Además, la investigación científica exige con frecuencia viajar, visitar archivos o laboratorios extranjeros, ponerse en contacto con personalidades de reconocida capacidad y prestigio. A veces, hasta se exigen experiencias, que pueden llegar a ser costosísimas.

Ahora bien, la Iglesia de España desde hace un siglo vive en la miseria. Se la despojó de todos sus bienes, hasta de sus bibliotecas y archivos en muchos casos. Además, esta penuria material hace que caiga en otra penuria peor aún: la escasez de personal. Y cuando el personal anda escaso, no se le dedica a investigar, sino a ganar con qué vivir; o en el caso mejor, a las ocupaciones mas urgentes del sagrado ministerio. En esta situación se encuentran las Diócesis lo mismo que las Órdenes religiosas. Hacen lo que pueden y más de lo que pueden. Y prueba de ello es, que en las mismas Universidades, los chicos más aventajados y de mejor formación son los que proceden de los Seminarios. Pero pueden poco; y contra su mejor voluntad, aun las Órdenes religiosas, que por sus Constituciones y por su tradición aspiran y hasta se sienten obligadas a desempeñar un papel científico (Dominicos, Agustinos, Jesuitas...), tienen que abajar sus objetivos y dedicar la casi totalidad de sus miembros a las más vulgares ocupaciones del ministerio apostólico.

Unamuno reprochó a la Iglesia de nuestros días el no tener nada que decir a los hombres, limitando su acción a niños, viejos y enfermos. Me dolió siempre en el alma tan injusta frase. A la Iglesia

se la empobrece, se la despoja, se la expulsa de todos los centros vitales, se la deshonra, se la oprime, se la deja sin gente, se la priva de los medios necesarios para trabajar y hasta para vivir; y luego se la acusa de que no hace nada sino con mujeres y niños (porque eso es más facil y menos costoso); de que no tiene nada que decir a los hombres.

Sí, tiene que decir; y a caso es ella la única que puede decir la palabra necesaria. Pero es preciso darle los medios y ponerla en condiciones. Y cuando esto se haga, si no diera resultado la experiencia, entonces sería el momento de formular acusaciones.

La Iglesia de España, víctima sacrificada, bastante ha hecho con vivir y mantener enhiesta la bandera y vivo el fuego sagrado de su fe, de su virtud, de su honor y de sus santos ideales.

Remedios: 1.º filosofía. Lo que ante todo se necesita es inyectar filosofía en el pensamiento español. ¿Como?...

En las Universidades españolas (en algunas por lo menos) hay una facultad de Filosofía. Habrá que reanimarla y airearla: que le entren aires de fuera; que enseñe en ellas todo el que tenga algo que enseñar, con título académico o sin él, sea seglar o Religioso, vista uniforme o sotana. Quizás basta una sola facultad de Filosofía; pero que en ella se filosofe de veras, a puerta abierta y en forma en que todo el mundo pueda enterarse de lo que allí se hace y colaborar, si quiere, en los trabajos.

También en los Seminarios y en las casas de estudios de las Órdenes religiosas se estudia filosofía. ¿Por qué no protegei estos centros?... ¿No son españoles? ¿No influyen en el pensamiento español y en la vida toda de España?... Y mucho más barata y eficaz resultará la ayuda que el Estado les preste, que la enseñanza oficial que directamente pueda organizar y sostener en sus propios centros. Hace falta además una Academia de Filosofía, que se sume con igual rango y consideración a las Academias oficiales existentes de la Lengua, de la Historia, de Ciencias, etcétera.

Y si esta Academia de Filosofía se creara, convendría cambiar el titulo y la organización de la de Ciencias Morales y Políticas. La moral o es filosofía o no es nada, o se apoya en una metafísica o es una pura arbitrariedad.

Ponerla entre las ciencias positivas y experimentales es matarla; quedaría reducida a una ciencia más de *lo que es* (criterio positi-

vista), en vez de ser la ciencia humana de *lo que debe ser,* de la perfección... También la Política tendrá que vivir de la Moral y de la Metafísica, pero en mucho menor grado.

Podría, pues, quedar esta Academia como de ciencias Sociales y Políticas, y aun añadir Económicas, si se quiere, pasando la Moral a la Academia de Filosofía.

2.° Teología. También es preciso incorporar al pensamiento español la Teología. El pueblo español fué grande cuando fué teólogo. Porque nada da a las ciencias y a la Filosofía tanta luz como la Sagrada Teología, que es la cumbre del saber humano, aureolada ya por resplandores divinos; ni nada realza tanto la vida humana en general como el saber de Dios y de todas las cosas desde Dios y a la luz de Dios; ni nada dignifica y moraliza y capacita para todo lo grande tanto a los pueblos.

Para introducir la Teología en el moderno pensamiento español se han propuesto en estos últimos años diversos procedimientos. 1.° Creando la Facultad de Teología en las Universidades del Estado. Humildemente tememos que sería un fracaso. ¿Quiénes estudiarían? ¿Quiénes enseñarían? Lo más probable es que tan sólo lo hiciesen los clérigos, que hoy lo hacen, y nada se habría conseguido.

Se objeta que sí, que se conseguiría el trato y comunicación entre profesores y estudiantes teólogos con los demás estudiantes y profesores. Esto traería ventajas, pero tambien peligros. La verdadera comunicación científica creemos que hay que buscarla de otro modo. Bien juntas están hoy las distintas Facultades y sin embargo científicamente no pueden estar más separadas. Por nuestra parte, dejaríamos las Facultades de Teología donde están, en Seminarios y Conventos; pero procurando que también estos abriesen más sus puertas, como en los tiempos buenos lo hacían. Con esto y con darles medios para trabajar y hacer llegar al público sus trabajos, estaría resuelto el problema. Resuelto a la larga, porque estas cosas no admiten una solución de efecto fulminante, ni es siempre más eficaz lo que más brilla.

La Universidad Católica, de que tanto se ha hablado entre nosotros en vano, en estos últimos tiempos pudo entonces ser conveniente y necesaria; hoy creemos que no lo es. Sencillamente, porque en la Nueva España la enseñanza en todos sus grados es *oficialmente* católica; y a lo que hay que aspirar es a que *real* y *verdade-*

ramente lo sea, cosa no muy fácil, a lo menos durante cierto tiempo. En vez de Universidad Católica, lo que se debe buscar es la *universalidad católica* del pensamiento español; es decir, un pensamiento español católico, apto para convertirse en pensamiento universal, que ese sería nuestro imperio; apto para dirigir al universo o a la humanidad entera.

3.° Estímulo. Forzosamente el hombre se preocupa antes de vivir, que de filosofar. Y hoy en España con sola filosofía o ciencia pura no se vive. Por eso no se estudia. Se necesitaría para ello ser héroes... a fin de contentarse con el tonel de Diógenes por casa y las «hierbas que iba cogiendo el sabio» de Calderón por alimento. Y aun así se filosofa mal. La ciencia es cara, como ya hemos dicho.

A fin, pues, de estimular el estudio de la ciencia pura, convendrá dotar ante todo dignamente las instituciones, oficiales o no, que a ella se dediquen. Vigilándolas, contrastándolas unas con otras, sí, a plazo largo y sin mermar su autonomía; pero sin exigir una eficacia inmediata ni pensar que todos los granos que se siembran han de producir fruto. Con que llegue a producir fruto céntuplo uno solo, compensará por los nueve que han quedado sin cosecha, por haber caído entre piedras o en la tierra dura del camino.

Hay además otra porción de medios más o menos aptos para estimular el trabajo y hasta para encauzar vocaciones. Por ejemplo, los concursos o premios concedidos en plazos más o menos largos. Para premios de carácter literario, periodístico, y aun de ciencias positivas, existen ya algunas fundaciones (de premios), pocas y en general no muy bien dotadas ni acaso muy bien administradas. Administradas en el sentido científico, en lo relativo a temas, tribunales, etc., no en el económico. Para filosofía y ciencia pura, no sé si hay alguna. Y urge que las haya, encargando de su administración, en el sentido antedicho, a instituciones capacitadas y solventes.

Otro medio es el de los *Congresos*, no tan inútiles como ordinariamente se cree, cuando están bien organizados y dirigidos. Para lograr lo cual tienen que apoyarse en instituciones permanentes que los encaucen y definan. Y que además recojan y continúen cuanto de bueno (en hombres y en ideas) se haya en ellos presentado. Sin esto, los Congresos suelen ser a lo sumo fogonazos de importancia muy restringida.

Quedan también las *pensiones*, no sólo para el extranjero sino también para España; no sólo para estudiar y capacitarse, sino para investigar y profundizar problemas concretos, que deberían ser señalados por las instituciones permanentes (Academias, Universidades, Colegios Mayores, Seminarios...) que a cualquier ramo de la ciencia se dedican. Y estas pensiones podrían convertirse incluso en vitalicias, si así se juzgara conveniente. Todas estas cosas, debidamente organizadas, podrían cambiar en pocos años el ambiente nacional, encauzado hacia la altura el pensamiento de España. Surgirían filósofos y teólogos y juristas y científicos, geniales y fecundos, que se harían oir y respetar en el mundo entero.

Para lo cual se necesitaría además *coordinación*. No hace mucho se ha creado el *Instituto de España*, del que forman parte todas las Academias. Se ha discutido el nombre; pero la realidad, que es lo que importa, nadie la puede discutir. Era algo necesario, como órgano de unidad y coordinación y como expresión suprema del pensamiento nacional.

Lo que ahora falta, es que funcione como es debido; que sus componentes, las distintas Academias, sean lo que deben ser en su número, en su organización, en su funcionamiento; que él mismo viva en contacto con la realidad nacional y aun mundial, anticipándose a plantear y resolver los problemas a golpes de luz, para que no tengan que resolverse a cachetes o a tiros. Y si preciso fuere (que tal vez lo sea), pudiendo admitir en su seno, o bien a otras instituciones distintas de las Academias oficiales, o bien a personalidades de altura que por cualquier motivo no hallen plaza en las sobredichas Academias. El número de sus miembros debe ser indefinido, para que en él quepan cuantos lo merezcan. Y él podrá apoyar o iniciar y sostener toda clase de empresas científicas en cualquier punto de España o del extranjero.

El imperio español.

Algo muy importante queda aún por determinar: la extensión histórico-geográfica que a todas estas instituciones, representativas del pensamiento español, debe darse. Porque hoy el pensamiento español no se encierra dentro de las fronteras políticas de nuestra Patria. Sembró mucho España fuera de ellas, durante siglos, para

que esa siembra de nuestro pensamiento no siga fructificando. Nuestra lengua se extiende a más de veinte pueblos, y con la lengua va el pensamiento y la cultura. Y aun saltando una bien pequeña barrera lingüística, tenemos al imperio portugués de ambos lados del Atlántico, cuyo pensamiento o es idéntico al nuestro o con él profunda y ampliamente relacionado.

Sí, pues, para estudiar nuestra lengua y cuidar un poco ese tan descuidado tesoro de nuestra lengua no podemos encerrarnos dentro de las fronteras, por semejante razón no podemos tampoco hacerlo en el orden de la filosofía, de la teología y de la ciencia pura. Por muy en portugués que piense y aun por eso mismo, todo sabio portugués debemos considerarle como español, sin quitar nada a Portugal, antes al contrario, de su gloria. Y esto que de Portugal decimos, con mayor razón, si cabe, lo podemos decir de Hispano-América, cuya cultura es reciamente española. No vengamos ahora a *empequeñecernos filosófica*, *científica* y *literariamente*, después de habernos en el siglo XIX *políticamente empequeñecido*. Si entonces hemos llegado, por causas fáciles de comprender, hasta el suicidio mental, con el pesimismo derrotista de la generación del 98, ahora, con más verdad y más justicia, debemos llegar a esta afirmación imperial del espíritu español, forjada por España en sus mejores siglos de gloria, para un engrandecimiento en el que toda la hispanidad colabore, que a nadie oprima ni amenace, sino que a la humanidad entera favorezca.

La manera de conceder a los pueblos hispanos la participación que les corresponde, en este resurgir y reorganizarse del pensamiento español, podrá adoptar formas varias según los casos. En principio y según nuestro humilde parecer, no se deberán considerar extranjeros en estas altas esferas del pensar, ni a portugueses ni a hispano-americanos. En la práctica tal vez las circunstancias podrán hacer variar un poco, según los casos, el procedimiento. Las dificultades secundarias se resolverán marchando.

Menéndez Pelayo.

Hubo un hombre en la época moderna, que vino a encarnar en sí cuanto venimos diciendo: Don Marcelino Menéndez Pelayo. Su obra fué inmensa, y sin embargo no fué sino el principio y como

el germen de lo que pudo y debió ser, de lo que él mismo quiso que fuera. No formó escuela; no tuvo apenas continuadores. Y la obra que él planeaba, no es obra para un hombre, por grande que sea, sino para toda una generación y aun para varias generaciones. También aquí puede aplicarse el símil de Maeztu: la saeta lanzada hacia el ideal y que se cae sin llegar a dar en el blanco, siendo preciso recogerla de nuevo y lanzarla con nuevos bríos.

Para lograrlo se constituyó hace algún tiempo la «Sociedad Menéndez Pelayo», que en la biblioteca de Santander tiene su santuario y su centro. Por nuestra parte creemos que también esta Sociedad tiene una altísima misión que realizar, en este renacer del pensamiento español, no limitando su acción a la obra hecha del Maestro, sino extendiéndola a la que dejó por hacer, inspirándose en su espíritu, con toda la amplitud hispana que en el Maestro tenía.

Porque las obras de Menéndez Pelayo, con enseñar tanto, es todavía mucho más lo que sugieren; con haber resuelto tantos problemas, son muchísimos más, casi infinitos los que plantean.

Sí, labor para varias generaciones: labor de reconstrucción y rehabilitación del pensamiento español, labor de rehabilitación y reconstrucción de España.

Ese debe ser *nuestro ideal.* Esos nuestros horizontes imperiales. Eso es, en fin, lo que de la España católica vuelta en sí puede esperar el mundo.

† ALBINO, OBISPO DE TENERIFE.